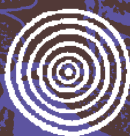


¿Cómo romper este tiempo?

*Materiales
para enfrentar
la catástrofe*



CARCAJ
flechas de sentido



¿Cómo romper este tiempo?

*Materiales
para enfrentar
la catástrofe*

¿Cómo romper este tiempo?

*Materiales para
enfrentar la catástrofe*

1. Revuelta y contrarrevolución. Reflexiones sobre el último ciclo de luchas



1. ¿REVOLUTIO INTERRUPTUS?:
Aportes para una discusión sobre el
octubre chileno, por *Julio Cortés Morales*



2. Revuelta y Violencia.
Más allá de la sobrecodificación de la violencia,
por *Rodrigo Karmy Bolton*



3. Primeros materiales para
un nuevo ciclo de luchas,
por *Nicolás González*

2. Voces críticas. Resistir la fascistización, recomponer mundos



4. «Re-tejer un mundo ya dañado»:
Entrevista a Clara Han, por *Marjorie
Murray, Constanza Tizzoni Salas*



5. «Volvería convertida en tigre»: Entrevista a
Françoise Vergès, por *Malka Gouzer. Traducción:
Nicolás González*



6. «Las puertas del infierno están abiertas en
Palestina, pero es toda la humanidad la que
está pasando bajo estas puertas»: Entrevista a
Andreas Malm, por *Carcaj*

3. Fuego y tinta. Poéticas incendiarias



7. Notas para una poética militante,
por *Sean Bonney*.

Traducción: Daniela Jacob



8. Zona de catástrofe,
por *Carcaj*



9. ¿Cómo romper este tiempo?,
por *Thiare Barrera Miranda*



Introducción



¿Qué otra cosa es la catástrofe, sino que las cosas sigan igual?

Esta pregunta marca el hilo que atraviesa los fragmentos que componen esta edición, la cual intenta articular una suerte de cartografía inconclusa para enfrentar este presente catastrófico y tal vez plantear, si aún es posible, alternativas.

No hay dudas de que en el momento actual nos hallamos en un punto realmente crítico, en el que parece no haber salida ni transformación posible. Nos encontramos experimentando una larga e intensa reacción que se ha desplegado a partir de la pandemia mundial, y que tras el ciclo de levantamientos e insurrecciones de la última década parece avanzar hoy sin resistencias, ante la desarticulación de nuestros proyectos de emancipación y el desastre que se esconde cotidianamente bajo la forma del orden y la normalidad imperantes. Más aún hoy, cuando el peso aplastante de dicha normalidad se ve agravado por el avance global de las fuerzas reaccionarias, la destrucción acelerada del medioambiente, el regreso de las guerras imperialistas y los genocidios, dando rienda suelta a la *religión de la muerte* que subyace como el secreto último de la mercantilización de lo viviente, de nuestras relaciones y condiciones de existencia.

¿Cómo oponer a este presente otros modos de territorialidad y de habitabilidad, donde sea posible producir nuevas formas de ser y de estar en conjunto?

Para responder a esta cuestión, es necesario preparar otras percepciones estratégicas, elaborar nuevas armas, alianzas, y posiciones en la lucha contra el orden al que se nos quiere acostumbrar. Sin embargo, ¿no debemos partir primero por asumir que nuestras existencias son

terriblemente precarias, vulnerables y entregadas a una guerra que se manifiesta bajo las más diversas formas de control y opresión, precarización y explotación, intoxicación, endeudamiento y empobrecimiento, expulsión y destrucción?

Publicados en Carcaj tras las revueltas del 2019 y estos últimos meses marcados por el incesante genocidio en Palestina -punto de condensación de los procesos destructivos que ocurren globalmente-, los fragmentos acá reunidos tratan de ofrecer un mirada crítica a la catástrofe de nuestro presente. Al nombrar dicha catástrofe, no se trata sin embargo de resignarse a la clausura del porvenir, sino de darse el tiempo y el espacio de reflexión necesarios para la articulación de las resistencias colectivas que nos permitan *romper este tiempo*.

En la primera sección, titulada “Revuelta y contrarrevolución. Reflexiones sobre el último ciclo de luchas”, los fragmentos de textos de Julio Cortés, Rodrigo Karmy y Nicolás González buscan componer un balance crítico del último ciclo de luchas, pensando en las condiciones de su captura y las posibilidades de su reanudación. ¿Cómo construir una visión colectiva, que no se deje atrapar por la ficción nostálgica y monumental de la Revolución, ni tampoco sea raudamente anulada bajo el “no logramos cambiar nada” en el que termina naufragando la revuelta? Con esta pregunta como telón de fondo, los autores nos recuerdan la necesidad de pensar más allá de la aparente dicotomía entre revuelta y revolución, afirmando su inseparabilidad fundamental. Ello implica también, sin embargo, comprender que la contrarrevolución que enfrentamos no es, por su parte, una mera restauración de un orden anterior, sino una revolución que opera justamente a la inversa, instalando un nuevo orden y sentido común, ofreciendo respuestas (que, aunque nos parezcan insatisfactorias, son respuestas al fin y al cabo) a las preguntas que el ciclo de revueltas dejó abiertas y sin responder. Porque, ¿qué otra cosa fue la experiencia de la revuelta sino una pregunta radical y compartida sobre aquello que somos, es decir,

aquello que somos constantemente forzados a ser, en el núcleo mismo de nuestras existencias precarias, de nuestros mundos heridos y empobrecidos?

A través de fragmentos de entrevistas, la segunda parte, titulada “Voces críticas. Resistir y recomponer mundos”, busca ofrecer destellos de algunas de las luchas fundamentales de nuestro presente: la lucha contra la deuda y la precarización de nuestras vidas (Clara Han), la lucha contra la devastación planetaria producida por un capitalismo inherentemente racista y sexista (François Vergés) y hoy, más importante que todo, la lucha contra el genocidio en Palestina, la expresión más violenta y brutal del orden global y del futuro al que nos quieren condenar (Andreas Malm). Gaza es sin duda en este momento el gran campo de exterminio que sumerge el presente en su devastación. Por eso, estamos convencidos que la cuestión palestina debe convertirse en un asunto de liberación mundial, que la consigna *desde el río hasta el mar* compromete a todos los ríos y mares del mundo, pues, mientras Palestina no sea libre, mientras la sed de sangre de unos pocos siga imponiéndose por sobre la vida de los pueblos, nadie puede considerarse libre ni fuera de peligro.

En la tercera parte, finalmente, titulada “Fuego y Tinta. Poéticas incendiarias”, reunimos una reflexión de Sean Bonney sobre la poética revolucionaria, escrita tras los disturbios del año 2011 en Londres producidos tras el asesinato de Mark Duggan; un texto escrito para la convocatoria de nuestro especial Zona de Catástrofe (2017); y un poema de Thiare Barrera escrito en contexto de pandemia, que da el título a esta publicación. Haciendo resonar el eco de nuestros muertos y nuestras luchas pasadas, estos textos interrogan la palabra y preguntan obstinadamente: ¿cómo quebrar, partir, hacer estallar el orden continuo del mundo, o al menos perforar, agrietar, horadar el denso muro de lo cotidiano, para poder encontrarnos a través y respirar por fin un poco de vida?

Es un momento para ser nihilistas, ¿que duda cabe? Un momento para decir no hay salida, no hay escape posible, estamos cagados. No hay en verdad futuro, si el único futuro posible es el que el que nos quieren imponer los viejos capitalistas, los nuevos fascistas y los futurólogos de *Silicon Valley*. Y es evidente que un mundo aún peor es probable.

Ya no basta entonces con imaginar otros mundos posibles, sino antes que nada ver cómo estamos viviendo **ahora**, y qué tipo de mundo es el que se está produciendo en estos instantes. Tenemos en nuestras manos la tarea de afirmar, desde ahí, una nueva sensibilidad, articular lenguas y prácticas desconocidas, crear las condiciones para el surgimiento de una realidad no capitalista. Pero para ello necesitamos armarnos de una amargura insospechada, que convoque toda la rabia, el odio y malestar que son capturados y neutralizados bajo la exigencia de optimismo y felicidad predominantes.

*Y tal vez nos haga falta perder de una vez
por todas la esperanza para poder lanzar un
verdadero grito amargo y desesperado,
un alarido estruendoso que de vuelta todas las
mesas, que apague todos los teléfonos y detenga
todos los metros del mundo; un rugido furioso
que derribe todos los drones y reviente hasta
las comisarías, para llegar a sentir lo mismo,
poder entendernos y comenzar a reparar,
a recomponer los mundos que ya han sido
dañados hasta el límite de lo intolerable.*

1. Revuelta y contrarrevolución. Reflexiones sobre el último ciclo de luchas



¿REVOLUTIO INTERRUPTUS?: Aportes para una discusión sobre el octubre chileno

por Julio Cortés Morales

18-10-2024

Revoluciones y contrarrevoluciones

*El restablecimiento de la Monarquía, que
llaman contrarrevolución, no será una revolución
contraria, sino lo contrario de la revolución*

DE MAISTRE

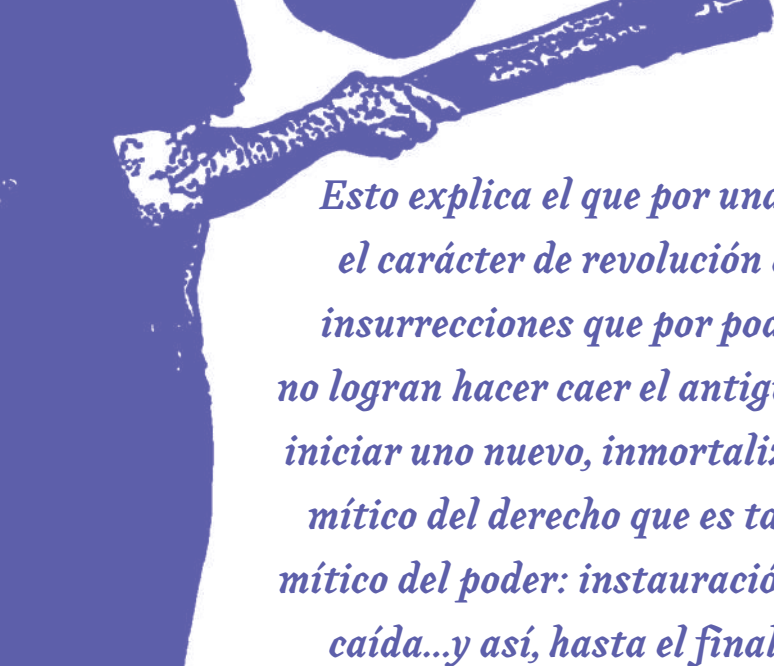
Si acudimos al Diccionario de la RAE, el concepto de revolución es bastante más amplio y dinámico que los espectaculares modelos francés y ruso: su primera acepción casi lo hace sinónimo de “revuelta”, al señalar que es la “acción y efecto de revolver o revolverse”. Luego, la define como “sublevación o levantamiento popular”, y en otra acepción como un “cambio profundo, generalmente violento, en las estructuras políticas y socioeconómicas de una comunidad nacional”.

Aristóteles dedicó el libro V de su *Politeia* a las revoluciones, tratando en detalle “de donde proceden, su naturaleza y número, qué elementos son corruptores de las politeias, cuál es el paso natural de un régimen a otro”. Para él, en todas partes las revoluciones tienen por causa una desigualdad, y “siempre la búsqueda de la igualdad despierta rebelión”. A pesar de los rasgos comunes de revoluciones, rebeliones y revueltas (que al menos en la traducción que tengo a mano aparecen usadas indistintamente, como sinónimos), Aristóteles se concentra en las diferencias que se presentan según se produzcan en una democracia, una oligarquía, una monarquía o una tiranía, suministrando una abundancia de ejemplos concretos y criticando a Sócrates por concebir un solo tipo de revolución.

La idea central tras el concepto de revolución remitiría entonces a la de transformación social o política: las revoluciones de todo tipo, fracasadas o exitosas, serían los recordatorios evidentes de que el orden social y político no es estático, que puede ser modificado o completamente trastocado por la acción humana. En este sentido es que resulta valiosa la reflexión de Guattari y Rolnik cuando la definen como “un proceso que produce historia, que acaba con la repetición de las mismas actitudes y de las mismas significaciones”.

Tal vez una de las mayores transformaciones que sufre el concepto es que mientras originalmente y hasta el siglo XVII designaba el retorno a un estado de cosas que se había visto trastocado por el mal gobierno de las autoridades, siendo así casi sinónimo de restauración, en el siglo XVIII se rompe con dicha noción para realzar el aspecto positivo de creación de un Nuevo Orden.

Las revueltas no sólo no se pueden separar completamente de las revoluciones: más bien constituyen el polo o momento negativo de una revolución, su elemento insurreccional y destituyente. En este sentido, como destacaba Villalobos-Ruminott en una intervención realizada días antes del 18-O, no existe una verdadera oposición o dicotomía entre revueltas y revoluciones, lo que ocurre es que las revoluciones que han sido exitosas en establecer un nuevo orden social, han pasado a cumplir una función de mito fundacional del nuevo sistema de dominación. En ese momento de consumación del éxito del ascenso de una nueva clase dominante, el momento insurreccional es primero fetichizado y luego finalmente escondido y olvidado: la concepción monumentalizada de la revolución parece neutralizar su polo negativo, para concentrarse exclusivamente en la exitosa transformación del régimen político o del orden social.



Esto explica el que por una parte se niegue el carácter de revolución a las revueltas o insurrecciones que por poderosas que sean no logran hacer caer el antiguo régimen para iniciar uno nuevo, inmortalizando el “círculo mítico del derecho que es también el círculo mítico del poder: instauración, conservación, caída...y así, hasta el final de los tiempos”.

Y por otra parte, dicha concepción está detrás del hecho de que para la historiografía oficial no hay mayor inconveniente en etiquetar como revoluciones a simples golpes de Estado como las revoluciones militares chilenas de 1924 o 1932, o incluso al 18 de septiembre de 1810, evento en que no hubo sublevación popular alguna sino sólo maniobras propias de la afirmación política autónoma de la oligarquía criolla.

La revolución monumentalizada hace mirar la historia por el espejo retrovisor y castra la imaginación radical y el deseo de transformaciones profundas, propiciando un modelo de sacrificio militante calcado de las grandes figuras masculinas/patriarcales de los “héroes de la revolución”. En comparación a los “grandes hombres” de la Revolución con mayúscula la importancia de la acción individual y colectiva de todos nosotros se diluye, pues nunca nuestras revueltas van a saciar la tremenda ansia de heroicidad que se desprende de la concepción normativa de los revolucionarios profesionales, que al despreciar todos los procesos que no se realizan a imagen y semejanza de su propio mito fundacional son los primeros en olvidar el testamento político de Rosa Luxemburgo, que culmina diciéndole a los esbirros estúpidos que “La revolución, mañana ya ‘se elevará de nuevo con



estruendo hacia lo alto' y proclamará, para terror vuestro, entre sonido de trompetas: ¡Fui, soy y seré!". El mismo Jesi, al referirse al martirio de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en 1919 señala que ese desenlace escogido conscientemente demostraba la imposibilidad de separar revuelta y revolución".

Tal vez ocurre que lo que directamente experimentamos son las revueltas, insurrecciones, levantamientos, huelgas generales, rebeliones, protestas, motines y asonadas, expresiones muy cercanas que como ha dicho Sergio Villalobos-Ruminott, "constituyen un marco conceptual amplio, y no necesariamente ajeno a contradicciones, en el que es posible atisbar una relación no convencional con el tiempo histórico. Es como si cada una de estas nociones quisiera nombrar un momento de alteración de la concepción lineal y espacializada del tiempo, favoreciendo una experiencia no convencional de la historia y del ser en común". El título de "revolución" parece en cambio ser un reconocimiento otorgado a posteriori, por parte de algún tipo de Academia de Ciencias o Tribunal de la Historia.

Lo que importa es que cada revolución produce su propia contrarrevolución, y en los momentos álgidos de la lucha la revolución y la contrarrevolución se desarrollan contradictoria y simultáneamente, interactuando y modificándose una a otra. Según Paolo Virno, la contrarrevolución "no debe entenderse solamente como una represión violenta —aunque, ciertamente, la represión nunca falte. No se trata de una simple restauración del ancien régime, es decir del restablecimiento del orden social resquebrajado por conflictos y revueltas. La 'contrarrevolución' es, literalmente, una revolución a la inversa", que "al igual que su opuesto simétrico, no deja nada intacto". La contra-revolución, "construye activamente su peculiar 'nuevo orden'. Forja mentalidades, actitudes culturales, gustos, usos y costumbres, en suma, un inédito common sense. Va a la raíz de las cosas y trabaja con método. Pero hay más: la 'contrarrevolución' se sirve de los mismos presupuestos y de las mismas tendencias —económicas, sociales y culturales— sobre

las que podría acoplarse la ‘revolución’, ocupa y coloniza el territorio del adversario y da otras respuestas a las mismas preguntas”.

[...]

Algunas conclusiones provisionales

*Quienes hacen revoluciones a
medias cavan su propia tumba*

SAINT JUST

Al igual que en 1848, en Chile la dimensión revolucionaria del movimiento que estalló en octubre fue soslayada o negada, y más por la burguesía de izquierdas que por la de derechas. En vez de consolidar en los hechos la fuerza real de un movimiento popular tan amplio, se optó por apostar a una transformación institucionalizada de la Constitución escrita, la “hoja de papel”, evitando desde arriba la ruptura institucional por abajo, y sepultando la idea misma de que era posible en ese momento desencadenar algún tipo de cambio socio-político profundo.

Y a similitud de 1968, el ninguneo de la revuelta contra la cual escupen desde la derecha y desde la izquierda, y la presencia indesmentible de una contrarrevolución que incluso podría pavimentar el camino a nuevos fascismos moleculares y molares, nos demuestra que tal como dijeron los situacionistas en 1969, la revolución estaba aquí: en este caso, una especie de revuelta social que se desencadenó con energía pero que no alcanzó a cristalizar en una revolución política. Y como dijo Lazzarato en relación al post-68, “cuando la revolución social se separa de la revolución política, puede integrarse a la maquinaria capitalista sin ninguna dificultad como un nuevo recurso para la acumulación de capital”. El fracaso de toda la izquierda progre/constituyente es inseparable del

abandono posmodernista de la perspectiva estratégica de la revolución, pero a la vez tiene un reflejo simétrico en la izquierda revolucionaria “clasista” y “popular”, que aún mira la historia a través del espejo retrovisor, obsesionada con los modelos organizativos e ideológicos del siglo pasado.

Tal como en 1848 y 1968, la revuelta chilena fue parte de una oleada de luchas que se dieron simultáneamente en varias partes del planeta entre el 2019 y el 2020. Y no está muy equivocado el Manifiesto Conspiracionista cuando dice que las medidas anti-pandemia operaron como una muy conveniente y eficaz contrarrevolución.

Por muy alucinado y risible que pueda parecer en tiempos de decepción masiva, lo único que nos queda es volver a retomar la perspectiva estratégica de la revolución.

En esta tarea resultará crucial volver a unificar lo que el pensamiento post-68 separó: la economía política del poder con la crítica de la economía política. Mientras las izquierdas sigan divididas entre ambos tipos de crítica política, entre la lucha de clases y las políticas de la identidad, nuestro enemigo histórico no cesará de vencer.



Julio Cortés Morales

Revuelta y Violencia. Más allá de la sobrecodificación de la violencia

por *Rodrigo Karmy Bolton*

06-06-2022

El término “violencia” está sobrecodificado en Chile. Ha funcionado como el paradigma de una política de criminalización de la revuelta de Octubre que ha terminado por fortalecer la reproducción y expansión de múltiples dispositivos de control. Situación que no resulta ser anómala en este país, sino que se expande cotidianamente por diferentes realidades a lo largo del globo. Mecanismos de control colonial comienzan a desplegarse al interior del escenario poscolonial, las llamadas democracias cada vez deben dejar de serlo para “defenderse” de lo que supuestamente las niega y para ello han reproducido el otrora escenario colonial que operaba en base a la excepción hecha regla, al interior del nuevo escenario global y sus tensiones.

La intensificación de la sociedad de control, quizás, asuma dos momentos clave: el del 11 de septiembre de 2001 cuando se declara la “guerra contra el terrorismo” y el 16 de marzo de 2020 cuando se declara la pandemia por el Covid 19. La aceleración del control securitario de la guerra contra el terrorismo no deja de yuxtaponerse a la aceleración del control biomédico de la declaración de pandemia en 2020. En el intertanto, una crisis económica que revela que entre democracia y neoliberalismo no puede haber identidad alguna. Las políticas de seguridad se intensifican, y se vuelven complementarias a las sanitarias, derecho y medicina, lógica jurídico-político y lógica biomédica se entremezclan y anudan en una misma *situación*.

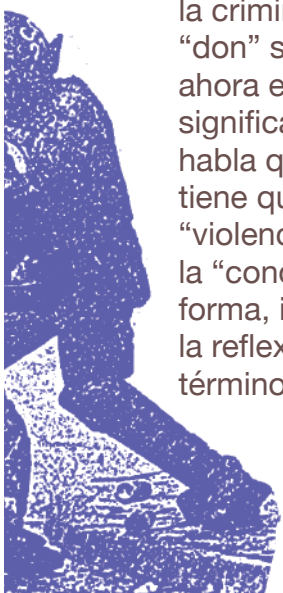
La revuelta popular de Octubre de 2019 irrumpe en los intersticios de esta doble aceleración. Ella misma se abre un lugar que no tenía lugar en el actual estado de cosas, ella misma deviene lo que Marcel Mauss podría designar





como un “hecho social total”: *don absoluto* que interrumpe los flujos de aceleración, forma-de-vida irreductible que no se deja asimilar fácilmente a los mecanismos de control sobrevenidos y que, en cuanto “absoluto” o “total” resulta ser gasto incondicionado, sin freno, metamorfosis de múltiples formas de vida incapaz de estabilizarse en alguna. La aceleración de los mecanismos de control (securitarios primero, biomédicos después) tienen que funcionar férreamente, disminuir los abismos, los intersticios, las brechas; en suma, administrar la intensidad múltiple de la revuelta en un conjunto igualmente múltiple de dispositivos. Uno de estos dispositivos fue, sin duda, el término “violencia”. Éste opera como un nodo más al interior de una red de relaciones complejas en las que se van enlazando otros términos que permiten la instalación de tramas, dispositivos y contrafuerzas orientadas a gestionar el singular relámpago de la multitud.

El término “violencia” debía sobrecodificarse. Los medios debían hablar sobre él, la policía, los think tanks, diferentes discursos mimetizados por el embrujo ofrecido por el término “violencia”. Y así, la criminalización podía operar, la reducción de la revuelta a un simple problema de “orden público” podía tener lugar. Para ello, el ejército sociologista instaló otro señuelo: “anomia”. De una larga tradición en el desarrollo de mecanismos de control, el término “anomia” originalmente ofrecido por Durkheim, se tomó la agenda discursiva de Chile. “Violencia” y “anomia” hacían trama, dos términos que posibilitaban la criminalización y contrarrestaban la fuerza del singular “don” sobrevenido. ¿Por qué sobrecodificar la “violencia”, ahora en virtud de la “anomia”? Porque “sobrecodificar” significa saturar, totalizar el espacio discursivo con un habla que no dice nada, con una palabra que nada tiene que expresar. En otros términos, el significante “violencia” posibilitó establecer un clivaje entre quienes la “condenaban” y quienes no, naturalizándola y, de esta forma, impidiendo pensar el *don* recibido, imposibilitando la reflexión acerca de lo que Octubre había dejado. El término “violencia” funciona, entonces, con “violencia”,



en la medida que establece una relación de equivalencia entre un conjunto de prácticas devenidas desde “abajo” –los pueblos que irrumpen– respecto de las formas estructurales y el conjunto de dispositivos que la ejercen desde “arriba”, la oligarquía militar y financiera que se tomó al Estado chileno por asalto en 1973. “Violencia” ordenadora del propio uso del término “violencia” cuyo efecto es conservar el estado actual de las cosas: con ello, la neutralización tenía lugar y el terrorismo de Estado cristalizado en la acción policial contra la sublevación –que implicó tortura, mutilación de ojos, asesinatos por parte del gobierno de Piñera– podía devenir un “normal” modo de gestión. “Violencia” fue un término monumentalizado, si se quiere, *fetichizado* en cuanto seducía como la mejor mercancía para hacer circular, el mejor significante que los medios podían capitalizar.

Antes de entrar en materia, dos precisiones:

La primera: lo descrito no se trata de una articulación “consciente” que alguien o algunos fraguaron –toda antropología de la consciencia debe ser dejada de lado aquí–, sino un conjunto de tramas discursivas que se plegaron e iniciaron su intensificación a nivel capilar para copar el habla y la expresión de la palabra. Nunca los actores son tan actores como se presentan, siempre las contingencias y los atravesamientos del discurso y las relaciones de poder les constituyen, ordenan, y sitúan. Por cierto, la “clase” resulta decisiva, pero solo en la medida que la consideramos una “fuerza” que opera desde una situación concreta que nunca tiene garantizada sus “conspiraciones” o “planes” que intenta implementar pues siempre experimenta las contrafuerzas, desde los niveles macro a los más microfísicos. De hecho, esa “clase” fue parcialmente destituida por la revuelta popular, gracias a lo cual perdió buena parte del tradicional control político que tenía sobre el país.

La segunda: la sobrecodificación de la “violencia” convirtió a este término en una obturación del pensamiento

Porque la revuelta popular ¿qué fue? Ante todo, una pregunta radical acerca de nosotros mismos. En este registro, la revuelta no fue más que pensamiento, un “don” que permitió plantearnos las preguntas más importantes —y por tanto, las más simples: ¿por qué hacemos lo que hacemos, por qué pensamos como pensamos, por qué sentimos lo que sentimos? ¿Por qué somos lo que somos —en suma?

Pregunta que abrió genealogías, y trastornó la dinámica temporal al abrir a un “pasado” que no calzaba con lo que comúnmente se denomina “tradición” y un presente que tampoco tenía que ver con la “actualidad” a la que frecuentemente se refiere el periodismo. Por eso, el término “violencia” no fue más que un *katechón* —un dispositivo o fuerza frenante— que instalaba cada vez más “torniquetes” para impedir la formulación de dichas preguntas. Por supuesto, cuando decimos “pensamiento” no estamos refiriéndonos a una especulación mal entendida como “abstracta” sino a una experiencia por medio de la cual los pueblos se plantean su lugar en el mundo. ¿Es posible pensar en las calles? Diríamos que no hay más que pensamiento en las calles.

[...]

Primeros materiales para un nuevo ciclo de luchas

Nicolás González

30-03-2023

1. Revuelta y contrarrevolución. Reflexiones sobre el último ciclo de luchas

Si no sabemos muy bien aún el alcance que tuvo la insurrección de 2019, a la vez que nos preguntamos por las formas que tendrán las distintas revueltas o revoluciones porvenir; al menos el tamaño de la reacción nos puede dar las claves para entender que lo que aconteció en octubre del 2019 -y que se venía sosteniendo en una larga ruta rebelde- fue de tal magnitud que logró poner de acuerdo a toda una clase política para salvar tanto al gobierno de Sebastián Piñera, como los 30 años de las democracias cartuchas; haciendo apología de una herencia concertacionista que llega hasta los pasillos internos del gobierno de Apruebo Dignidad. Y que además clausura una vez más aquellas *promesas de futuro truncadas* -o “derrotadas”, si se prefiere en términos *benjaminianos*- que se actualizan allí toda vez que la existencia en el presente -con nuestras catástrofes cotidianas- se vuelve intolerable. La insurrección supuso una rotura en el consenso postdictatorial (“la medida de lo posible”, que a su vez confinó la imaginación política en los marcos de *lo imposible*) densificando líneas de fuga que estaban allí solamente como latencia. En otros términos, la insurrección activó un nuevo posible, corrió el cerco de lo imposible y habilitó un nuevo ciclo de luchas que suprime los marcos establecidos de lo *realmente político*; haciendo surgir procesos materiales, culturales, sociales, territoriales y de consumo con sistemas de referencia heterogéneos, distintos a los tradicionales: es decir, *devenires*.

Ante la situación actual a la que nos condujo la victoria de la opción Rechazo, debemos recordar que el ciclo de luchas no llega a su fin con dicha victoria. Si bien la principal derrota es de la subjetividad *progre* -o, socialdemócrata- debemos afilar las armas para el ciclo que comienza. Ni el maximalismo con el que se pretende

castigar la derrota del plebiscito de salida -“no estaríamos los chilenos aún maduros para tan magno proyecto de democratización, paridad, ecologismo, bla bla bla”- ni toda la desinformación y *fake news* del Rechazo -como lloriquea el progresismo- pueden ser nuestro anclaje político. Debemos estar claros de que es precisamente la falta de un proyecto de emancipación concreto lo que llevó al naufragio de la política representacional. Es decir, un proyecto que tenga tanto los pies puestos en la temporalidad de la bicicleta de reproducción de la vida -salud, vivienda, educación, alimentación, etc.- y que convoque a la vez el poder resolver los problemas estructurales de todas las luchas llamadas *menores* -o, culturales-. Ni que decir de aquellas que no se localizan en territorios urbanos. No podríamos estar más interesados por estos tiempos tan densos que estamos viviendo.

Para Antonio Gómez Villar “toda lucha revolucionaria es también una lucha por la memoria.

Se trata de reinventar el futuro desde la fuerza de las ruinas, pues son las ruinas del pasado las que lo crean y determinan. Es en la catástrofe donde encontramos la fuente de la esperanza y el mesianismo de los nuevos sujetos de resistencia.

Ahora bien, al ser la catástrofe cotidiana es desde las fuerzas del presente en estrecha relación con las luchas pasadas, que un proyecto de emancipación se vuelve deseable”. Por nuestra parte agregaríamos: aquello ocurre en la medida en que todo proceso de subjetivación político parte de un enfrentamiento radical con el presente: un aquí y ahora que debe ser densificado, una clarividencia que emerge al chocar el cuerpo con un malestar (“una insatisfacción lúcida e implacable con el presente” Santi *dix it*). Sin embargo, ¿hasta qué punto es deseable eso del

“errar mejor”? ¿Es el camino de las derrotas el camino de la revolución? No toda derrota debe ser interpretada como un paso adelante. ¿No será que no estamos ya ante el fracaso de los proyectos de emancipación; sino más bien ante el fracaso de todo proyecto de modernidad que, para latinoamérica a su vez, significó un proyecto civilizatorio y genocida? ¿Son posibles aquellos proyectos que parten de premisas tales como republicanismo o modernismo, pero en un sentido popular, plebeyo, etc. que quiera “desbordar las instituciones”? Desbordar, sin duda... pero ¿cuáles instituciones? ¿Es posible un proyecto emancipatorio si seguimos pensando sólo en términos de democracia, Estado, partido, vanguardia, modernidad? A nuestro entender, la catástrofe es que todo siga igual y que no logremos proponernos de una buena vez ganar y no volver a ser derrotados.

[...]

La insuperabilidad de la obra de Marx y su herencia reside en la afirmación de que la genealogía del capitalismo tiene sus raíces en una guerra civil de subyugación que establece jerarquías entre propietarios y no propietarios, entre quién manda y quién obedece. Si la guerra forma parte de la política como “violencia encubierta en la legalidad” (León Rozitchner), de lo que se trata es de profundizar la política (en tanto continuidad de la guerra por otros medios) y no la democracia. En otros términos, la posibilidad de elaborar una territorialidad heterogénea en donde ensayar formas de estar, hacer y consumir (juntos y en contra), debe asumir la guerra como estrategia. O sea, debemos asumir que estamos en guerra. Y es que en un contexto verdaderamente desafiante, se vuelve urgente poder asumir una percepción estratégica de lo real, sin aplastar su complejidad ni perder de vista la conciencia histórica de la enemistad.

Se vuelve preciso comprender que la instalación del experimento neoliberal no fue posible sino por la vía del asesinato, el exterminio y la cacería de todo elemento subversivo: es decir, la guerra. Es desde este marco —a saber, la guerra colonial permanente— que se busca desarticular la multiplicidad de alianzas que buscan subvertir el orden capitalista. Debemos abocarnos —en cada nivel, epistémico y estratégico— a la elaboración de las armas para este ciclo de luchas que comienza: desentumecer nuestros anclajes, afinar la escucha y partir.



2. Voces críticas. Resistir la fascistización, recomponer mundos



«Re-tejer un mundo ya dañado»:

Entrevista a Clara Han

por Marjorie Murray,

Constanza Tizzoni Salas

08-07-2022

Clara Han es Doctora en Antropología y médico de la Universidad de Harvard, y se desempeña como Profesora Asociada del Departamento de Antropología de la Universidad Johns Hopkins en Estados Unidos. Ella tiene una relación de más de veinte años con Chile, donde ha desarrollado investigación etnográfica en poblaciones urbanas de Santiago, a través de los que ha contribuido a dar voz a la realidad encarnada de los cambios económicos y políticos en el Chile postdictatorial, que hoy tanto discutimos, dando a conocer sujetos y relaciones muchas veces obviados por los estudios históricos y políticos oficiales.

El estudio que realizó por más de 10 años en La Pincoya está plasmado en su libro “La Vida en Deuda: Tiempos de Cuidado y Violencia en el Chile Neoliberal”, traducido por Marjorie Murray, Constanza Tizzoni, Daniela Tapia y Sofía Valdivieso, y publicado por Lom Ediciones (2022). En este libro describe de manera excepcional cómo se entretajan en las vidas cotidianas la deuda, la enfermedad y la memoria, mostrando cómo los cuidados entre amigos íntimos y familiares tienen lugar en el marco de la precariedad económica, la violencia estructural y la intervención de políticas sociales.

En más de una ocasión has hablado de que la deuda no es individual, sino que corresponde a una red, ¿Te refieres a estos sujetos también?

Sí, es que cuando yo te digo que es generacional, que corresponde a los jóvenes que están preocupados por sus papás, por su entorno, por todo, y que no quieren heredar lo que sus papás han estado viviendo, es también eso. Es que no estamos hablando de un sujeto liberal, estamos

hablando de un sujeto que está compuesto por relaciones de parentesco, de relaciones barriales y también en relación con el Estado.

Yo tengo un poco de incomodidad cuando hablamos de que Chile se transformó a un país muy individualista. Yo nunca vi eso. Por lo menos en mi trabajo. Obvio que algunas personas que también viven en la población pueden movilizar un discurso sobre el individualismo, algo así como: «ese vecino es muy individualista», claro que existía ese discurso. Pero sus relaciones y sus prácticas de sobrevivir y vivir bien, están basadas en relaciones de parentesco y relaciones entre vecinas, etc. Así que el individualismo es un discurso abstracto que podemos usar, que todos están usando, pero cuando una está investigando la realidad íntima de las personas, es obvio que el sujeto está compuesto por esas relaciones. Incluso el uso de las tarjetas de crédito es utilizado por redes, aunque legalmente -y ese también es un problema- cada sujeto tiene que tener una tarjeta de crédito, ¿no? Y ese sujeto, individual, legal, es responsable de esa tarjeta de crédito. Pero está cruzado por su uso cotidiano que es mayormente por parentesco: prestar el cupo a un familiar, que ese familiar te vaya pagando a tí las cuotas mes a mes, etc. Así que también existe una tensión entre el sujeto-liberal-legal, ese sujeto mercantil y, por otro lado, las relaciones de parentesco que están ocupando esa herramienta de ese sujeto mercantil. Muchas veces se produce todo ese roce intrafamiliar, como «usó mi cupo y no me está pagando», etc.

¿Qué piensas sobre el fenómeno de la transversalidad de la deuda en Chile?

Sí, yo creo que es transversal. Uno puede decir que todos nosotros estamos endeudados. Pero la textura de ese endeudamiento es diferente en diferentes sectores. En las poblaciones, o al menos en las poblaciones en donde yo he trabajado, el endeudamiento llega a un punto en que pueden quitarte la casa, en que pueden venir a quitarte todo. En esas mismas poblaciones, a veces la



persona que tiene el acceso al crédito es la única persona que tiene un trabajo estable en una red de parentesco extensa. En estos lugares, el manejo del presupuesto del hogar puede rápidamente transformarse en catástrofe, en una crisis muy profunda de la cual es muy difícil recuperarse, porque no hay tantas personas dentro de esa red que tienen un trabajo estable, así que la presión es enorme. Con esto no quiero decir que la presión del endeudamiento no sea enorme en la clase media y que también hay que pensar de qué se trata la clase media, porque la clase media también está al borde de caer en la pobreza, porque cuando todo está privatizado, también una enfermedad catastrófica puede lanzar a una familia a una crisis terrible.

Esto nos lleva directamente al tema de la violencia. En las marchas vemos la referencia constante a la violencia cotidiana vivida en la «normalidad» previa al estallido; esa violencia que va más allá de la violencia de Estado por parte de los aparatos policiales.

Sí. Existe la violencia estructural, que es por lo que se está reclamando en las calles y que, dentro de la historia de Chile, está muy vinculada con la violencia estatal por las violaciones a los derechos humanos, por tortura, asesinatos, etc.

Fue posible implementar y desarrollar el modelo neoliberal porque hubo una dictadura militar que generó una violencia tan grande a la población que esa misma gente no podía reclamar, no podía protestar.

Así que, en el sentido del cambio estructural de la economía política, la violencia estructural está totalmente ligada a la violencia militar. Pero hoy en día también podemos ver que la vida cotidiana está marcada por esa

violencia estructural y esto es algo transversal desde las poblaciones hasta la clase media, las que tienen que endeudarse para vivir o seguir esperando para que los deriven a un oncólogo, y que mueren mientras esperan. Y el código laboral, por otro lado, está totalmente hecho para el empresariado. Entonces, todo esto es asfixiante para las personas porque no tienen dónde llegar para reclamar. Yo creo que en ese sentido, lo que hemos estado conversando durante toda esta semana en la que nos hemos estado reuniendo, es que es falso que las instituciones no sabían lo que estaba pasando con las personas, en las poblaciones o en la clase media.

[...]

Me pareció muy importante la reflexión a propósito de esa misma intervención que recordabas, de la estudiante que comentó su incomodidad de trabajar en el futuro con el Estado luego de ver el actuar de la policía y que se preguntaba: “¿cómo voy a lidiar con el Estado?”. En ese momento, tú le señalaste que no hay algo así como un lugar afuera de la violencia estatal, que no hay salida...

Es que no hay salida. Es un mundo cruel. Y yo creo que la tesis de decir: «vamos a salir a construir otro mundo», es súper masculina y, por otro lado, lo que están haciendo las mujeres dentro de su vida cotidiana, en los lugares en los que yo he trabajado, es re-tejer un mundo ya dañado. Y eso es increíble. Es algo que se hace todos los días.

*Solo el hecho de llegar a hacer el desayuno,
de hacer el almuerzo, de cuidar a los niños,
es una respuesta a la violencia estatal.
Yo creo que hay que valorar eso.*

Creo que es un problema dentro de la política masculina de izquierda que no ve que lo que está pasando dentro del hogar tiene una política o tiene un significado político. Yo creo que lo que están haciendo estas mujeres todos los días para re-tejer su mundo, es una política. Y de ahí tiene que partir, en lugar de imaginar otro mundo, ver cómo estás viviendo en este mundo, ahora, y que si estamos buscando justicia, tenemos que encontrarla en el mundo que tenemos.

Pienso que siempre vamos a tener esto, que la violencia estatal siempre va a estar presente. Yo creo que es importante aspirar a la no violencia, tener esa aspiración. Pero cómo podemos vivir con el hecho de que somos sujetos «no éticos» y que participamos en relaciones de producción económicas transnacionales que también son totalmente injustas. Vivimos esto todos los días. Hay que darse cuenta que no hay ningún sujeto puro, porque todos somos marcados por la violencia y somos parte, somos perpetradores de la violencia también.

Marjorie Murray, Constanza Tizzoni Salas

«Volvería convertida en tigre»: Entrevista a Françoise Vergès

por Malka Gouzer

03-08-2025

Traducción: Nicolás González



Nacida en París en 1952, Françoise Vergès se crió en La Reunión, una isla colonizada situada al sureste de África. Terminó la secundaria en Argelia y trabajó durante ocho años como periodista y editora para varias publicaciones feministas. [...] Autora de una docena de ensayos sobre raza, colonialismo, esclavitud y feminismo, Françoise Vergès es actualmente profesora pública, curadora independiente, activista feminista y escritora. Su último libro, *Una teoría feminista de la violencia: por una política antirracista de la protección*, publicado en Francia a finales de 2020, arroja luz sobre algunas instituciones estatales, como el sistema judicial y las prisiones, que, paradójicamente, al intentar reducir la violencia, contribuyen a agravarla.

Habiendo nacido y crecido en un sistema capitalista, no veo cómo el mundo podría funcionar mejor de otra manera. Medir la productividad a través del dinero parece ser el único camino que nos brinda, al menos, una ilusión de libertad.

Nuestras vidas están tan saturadas de mercancías que es difícil ver e imaginar otra cosa. Sin embargo, sabemos que este sistema, basado en el productivismo y la extracción, está destruyendo el planeta en el que vivimos. ¡Y no hay otro planeta! Según la ONU y la OMS, una de las principales causas de muerte prematura en el mundo es la contaminación.

El mundo ha sido profundamente dañado, no solamente a escala humana, sino que por todas partes: los bosques, la tierra, los océanos.



Así que no tenemos otra opción más que pensar en maneras de reparar nuestro mundo. Es una responsabilidad colectiva que puede, por ejemplo, comenzar desafiando la violencia racial, capitalista e imperialista infligida a la humanidad y la naturaleza. Al imaginar y encontrar modos de vida diferentes, podemos evitar que la desigualdad se expanda. No hay manera de que podamos seguir justificando la comodidad de unos pocos a expensas de la explotación total de otros.

El hecho de que los niños vengan al mundo cada día sin esperanza ni posibilidad de ir alguna vez a la escuela y que estén o vayan a estar privados de una formación psicológica sana, es sencillamente inconcebible.

Pero ¿no ha sido el mundo siempre un lugar terrible e injusto, assolado por hambrunas, guerras y epidemias?

Sí, pero la mayoría de estos males no fueron consecuencia de un estilo de vida neoliberal. Sin duda fueron destructivos y causaron un sufrimiento extremo, pero no fueron consecuencia del consumismo desenfrenado, el comercio global, la agroindustria, la explotación, las guerras ni la militarización de las fronteras. El colonialismo impuso un sistema global de desigualdad e injusticia. Y hoy, las hambrunas son resultado de una economía neoliberal y capitalista que sobrevalora la productividad y sacrifica la vida de muchas personas.

¿Qué se puede hacer?

Reparar. Restaurar, trabajar a través de múltiples temporalidades para sanar colectivamente el pasado, el presente y el futuro. Pasar del Hombre (blanco, burgués, masculino) a la humanidad. La forma en que el racismo se infiltró en las instituciones europeas, no solo con el nazismo y el fascismo, sino también con las ideologías liberales, aún no ha permitido una autorreflexión profunda. El racismo todavía se ve como algo del pasado que solamente sobrevive entre las personas sin educación.

El hecho de que las cárceles en los EE. UU. estén predominantemente llenas de jóvenes negros, en Francia llenas de jóvenes negros y árabes, y por qué las personas de color [people of color], como decimos en inglés (aunque no soy fan de esta expresión), siempre estén entre las más explotadas, necesita ser cuestionado desde el antirracismo. La reparación solamente puede ocurrir si comenzamos por cuestionar cómo se fabrican la vulnerabilidad y la exposición diferenciada a la explotación, cómo se justifica la explotación de las personas racializadas y cómo la riqueza y la comodidad del Norte global se perciben como “normales”.



«Las puertas del infierno están abiertas en Palestina, pero es toda la humanidad la que está pasando bajo estas puertas»: Entrevista a Andreas Malm *por Carcaj*

11-06-2025

En 1840, la marina británica bombardeó la ciudad palestina de Akka, utilizando por primera vez vapores alimentados por carbón como arma de guerra. Para Andreas Malm, este episodio marca el origen común de dos procesos íntimamente relacionados: la colonización de Palestina y la crisis climática. Esta conexión es el núcleo de La destrucción de Palestina es la destrucción de la Tierra, texto traducido al castellano por Vicente Lane y recién publicado en Chile por Lom Ediciones, Verso Libros y Carcaj. A partir de este evento fundacional, el teórico sueco del capitaloceno (autor, entre otros, de Capitalismo fósil y Cómo dinamitar un oleoducto) traza una nueva genealogía histórica del proyecto de colonización de palestina, mostrando cómo se fueron estructurando los intereses imperialistas de las potencias capitalistas en la región, aún mucho antes del establecimiento del Estado de Israel. Esta perspectiva histórica de larga duración no solo se convierte en una clave fundamental para entender la magnitud de las responsabilidades occidentales en el genocidio actual, sino también para repensar las articulaciones contemporáneas del imperialismo y entender la profunda complicidad entre la explotación masiva de combustibles fósiles y la destrucción de Palestina: dos manifestaciones complementarias de un mismo sistema que amenaza hoy la habitabilidad de la Tierra entera. Con motivo de la publicación del libro en castellano, el pasado 30 de mayo conversamos con Andreas Malm sobre las proyecciones de su análisis histórico y la actualización de sus tesis en el contexto actual, marcado por la incesante escalada del genocidio en Gaza y el avance de las fuerzas neo-fascistas en el panorama internacional.

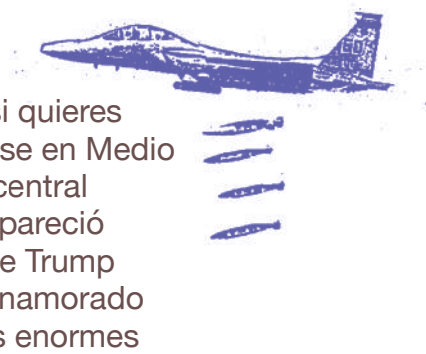


[...]

En tu texto das una importancia central a la relación entre el actual genocidio en Palestina y el calentamiento del planeta –tema que ha sido una de tus grandes áreas de investigación en las última décadas, particularmente desde tu libro Capitalismo fósil, y que más tarde has abordado, junto al colectivo Zetkin, desde la perspectiva de la emergencia de un Fascismo fósil–. ¿Cómo podemos entender la relación entre estos dos hechos, el genocidio y el calentamiento planetario, de la que poco se habla y que quizás no resulta tan evidente? ¿Qué papel juega en este genocidio el mercado y la política de los combustibles fósiles?

Esta es una cuestión importante. Pienso que la relación entre el genocidio y el calentamiento planetario es muy compleja y multifacética: hay muchas capas y dimensiones del asunto, y de hecho puedes enfocarlo desde distintos puntos de vista. Una cosa que se puede observar, por ejemplo, es que ambos, tanto el genocidio como proceso de calentamiento global, están completamente fuera de control. Es como si cobraran impulso propio y simplemente siguieran su curso imparable, sin que la humanidad, por su lado, parezca capaz de llevarse a sí misma a actuar para detener cualquiera de estos dos acontecimientos. Ambos solo empeoran, día a día. Empíricamente, también se puede observar que una figura tan influyente como Donald Trump tiende a eliminar cualquier tipo de restricción, ya sea para la extracción de combustibles fósiles o para lo que el Estado de Israel puede hacer en Gaza. Tampoco es que hubiera grandes limitaciones durante el gobierno de Biden, pero Trump va aún más lejos en dar rienda suelta al potencial destructivo de estos dos procesos. Y en términos generales, este patrón se reproduce globalmente con la extrema derecha, que es cada vez más marcadamente pro-sionista y pro combustibles fósiles. Entonces tiene que existir algún tipo de relación subyacente.

Y luego está, por supuesto, el hecho de que si quieres entender lo que hace el imperio estadounidense en Medio Oriente, no cabe duda de que esta región es central para la industria del gas y del petróleo. Esto apareció de manera muy evidente con la última visita de Trump al Golfo. La razón por la que Trump está tan enamorado de Qatar y los saudíes es porque poseen esas enormes reservas de petróleo que él adora y quiere extraer del suelo, tanto allí como en su propio país. Por supuesto, su proyecto estrella ha sido la normalización de las relaciones entre el Estado de Israel y las monarquías del Golfo, ya que estos constituyen los dos pilares del poder estadounidense en la región. Pero Adam Hanieh plantea algo muy convincente al respecto —y en realidad hay algunos camaradas trabajando sobre ello en este momento, tratando de profundizar precisamente en esta conexión entre combustibles fósiles y genocidio. Adam Hanieh plantea que hay una particularidad del Estado de Israel en tanto que el aliado más fiable de los Estados Unidos. Y esta particularidad reside en el hecho de que se trata de un estado colonial, basado en un colonialismo de asentamiento, que depende existencialmente del apoyo extranjero. Porque se trata de un intruso en la región, y que vive en estado de constante conflicto existencial con la población indígena. Y simplemente no puede —y esto ha quedado muy claro desde el 7 de octubre— vivir sin estos constantes puentes aéreos, con el apoyo exterior de las potencias occidentales: Estados Unidos, Alemania, Francia, etc. Esto significa que el Estado de Israel es, de manera casi ontológica, el aliado más confiable de Estados Unidos en la región, más que cualquier otro país, y lo es precisamente por la naturaleza de su proyecto colonial. Lo que también significa, por supuesto, que en el momento en que el Estado de Israel alcance algún tipo de paz con los palestinos, donde hubiera igualdad y libertad para ambos pueblos entre el río y el mar, entonces perdería su valor estratégico para Estados Unidos, porque ya no estaría en este conflicto constante que requiere apoyo exterior. Por tanto, Estados Unidos no tiene un interés real, estructural, en llevar al Estado



de Israel a acordar algún tipo de paz con los palestinos. Al contrario, es precisamente la guerra permanente con los palestinos lo que hace a Israel tan valioso para el imperio estadounidense en la región. Y por supuesto, lo que hemos visto desde el 7 de octubre es el enorme entusiasmo con el que Estados Unidos se ha servido de Israel para hacer avanzar sus intereses geopolíticos en la región contra sus principales adversarios. Y esto es algo sobre lo que no hay que ser simplistas, no se trata de decir que todo se reduce al petróleo, pero hay una evidente relación con la industria petrolera en la región. [...]

Ya ha pasado más de un año desde que hiciste en el Líbano la conferencia de la que nace este libro. Desde entonces no solo el genocidio no se ha detenido y ha continuado empeorando cada vez más, sino que el contexto geopolítico global no ha dejado de transformarse. Pensamos en la victoria de Trump en EEUU y el ascenso general de los movimientos neo-fascistas, en la negativa de los países europeos a someterse a los fallos de la CPI [Corte Penal Internacional] y el consecuente vaciamiento del derecho internacional, o en la intensificación de la competencia imperialista entre el bloque occidental, China y Rusia, etc. ¿Cómo podríamos leer el momento del genocidio en curso ante estas transformaciones del contexto geopolítico internacional?

Bueno, tuvimos un cese al fuego que empezó justo cuando Trump llegó al poder: fue un momento muy extraño, porque creo que la interpretación adecuada de ese período es que demostró que la resistencia había realmente ganado. Después de todo ese tiempo, el Estado de Israel no había logrado cumplir ninguno de sus objetivos. Y luego, con estas ceremonias de entrega de prisioneros, se hizo extremadamente evidente que la resistencia todavía estaba ahí: disciplinada, armada, popular, etc. Y claro, el Estado de Israel simplemente no podía quedarse observando cómo la resistencia salía victoriosa de esta guerra. Entonces tenía que volver y empezar a pulverizar Gaza de nuevo. Por supuesto, el

principio del Estado de Israel en estos casos es siempre el mismo: lo que no se puede conseguir con violencia, se puede conseguir con todavía más violencia. Así es como el Estado de Israel opera. Luego, cuando el genocidio comenzó completamente otra vez, mi sensación al respecto —y lo siguió siendo al menos hasta estas últimas semanas— es que había una normalización completa. Que, al salir del cese al fuego, el asesinato masivo de civiles palestinos se había simplemente convertido en parte del ruido de fondo, y ni siquiera eso. Que la desaparición de familias completas, los bombardeos sobre los campamentos de refugiados, las casas, las escuelas convertidas en refugios, podían continuar infatigablemente del mismo modo, día tras día tras día, y que ni siquiera veías noticias sobre esto en los medios, a menos que te metieras a ver Al Jazeera.

Entonces, mientras que el cese al fuego fue un momento donde la sensación era que la resistencia palestina realmente estaba sobreviviendo, y que en alguna medida salía victoriosa de esta batalla, con los meses que vinieron esenguida, mi sensación —y creo que también la de muchos otros—, fue que el efecto a largo plazo del cese al fuego, y su final, era normalizar aún más el genocidio. Y efectivamente, el movimiento en las calles es mucho más débil comparado con lo que era hace un año.

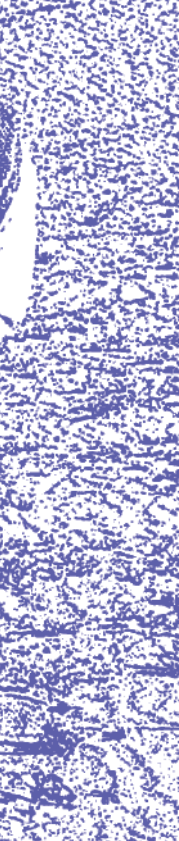
Ahora bien, algo se ha movido y ha comenzado a cambiar, quizás no tanto en los últimos días, pero sí en estas últimas semanas. Pareciera como si súbitamente hubiera una pequeña brecha en la que tienes a los liberales expresando una especie de conciencia o de culpa: Macron, incluso Merz en Alemania, que dejan de repente ver un mínimo de crítica. Y puedes ver esto incluso en este contexto perverso en el que estoy, en Suecia, donde tienes a unos liberales que han apoyado absolutamente todo lo que Israel ha estado haciendo, y que ahora empiezan a darse vuelta, porque Macron y Starmer lo están haciendo, y se permiten hacer unas críticas muy modestas. Yo pienso que es el empleo sistemático del hambre contra una población civil. No sé qué palabras nos quedan para describirlo, pero es tan, tan cruel, y es una atrocidad tan masiva, que se está volviendo



un poco más difícil para las clases dominantes en Europa mantener, ideológicamente, su propia imagen como buenos administradores de la sociedad si continúan dejando que esto pase. Entonces, al menos en palabras, tienen que mostrar algún tipo de crítica. Hasta ahora, por supuesto, no se ha traducido en ningún tipo de acciones concretas: todavía no hay ni siquiera sanciones. Con la excepción de Irlanda, quizás, que es un caso aparte en Europa y que está haciendo algunas cosas reales. Y luego, por supuesto, Latinoamérica, donde hay países como Colombia que también están tratando de hacer algo real. Pero es algo muy complicado también.

En todo caso, lo que tenemos es un poco —realmente muy poco, pero un poco— de titubeo por parte de los liberales, y por supuesto esto debería ser aprovechado por los movimientos para empujar las cosas mucho más allá, en el sentido de romper completamente con esta entidad porque está cometiendo genocidio. [...] Entonces, da la impresión de que posiblemente el movimiento puede empujar las cosas un poco más allá y avanzar. En todo caso, es más fácil hacer esto ahí que en condiciones de extrema represión pro-sionista como las que tienes en Estados Unidos. Lo hemos visto: desde que Trump llegó al poder, se está haciendo muy difícil para el movimiento por Palestina operar ahí, la gente está asustada por lo que han hecho contra los organizadores, deportándolos, encarcelándolos, etc. Entonces, en este momento, la situación es contradictoria, nuevamente... En términos generales, la tendencia este año, desde que Trump está ahí, es que las cosas han empeorado mucho. Todo simplemente empeora, todo el tiempo.

Para terminar, una pregunta por la articulación entre lo local y lo global, y la manera en que el movimiento por Palestina ha creado una nueva solidaridad de las luchas en el momento particularmente preocupante que estamos viviendo a nivel global... ¿Cómo analizas la situación del movimiento global por Palestina hoy? ¿Y por qué, en definitiva, debemos considerar la destrucción de Palestina como la destrucción de toda la tierra?



Yo creo que hay dos maneras de entender Palestina. Puedes ver Palestina como una excepción, una anomalía, una aberración: un mero residuo de la era colonial. O puedes entenderla como una condensación, una cristalización, una “cifra” de tendencias globales mucho más transversales: es decir, que Palestina no es algo único, sino una versión intensificada de problemas más generales del planeta. Y yo creo que el movimiento de solidaridad con Palestina se ha movido mucho más hacia esta segunda manera de ver el tema: una especie de perspectiva monadológica, en la que Palestina aparece como la manifestación más extrema de los procesos destructivos que están ocurriendo a escala global. En este sentido, Palestina se está convirtiendo en una especie de clave para toda clase de temas, y me parece realmente que así es como tenemos que entenderla; al igual, de hecho, que la ocupación, el Estado sionista. Y es que estas no son excepciones a una especie de ‘orden benevolente’ en cómo funciona el mundo; de hecho, es exactamente lo contrario.

Este es el orden en su forma más odiosa: esta es la verdad acerca de la destructividad de este orden mundial. Palestina es como el ‘barómetro’ del sistema mundial, ahí es donde los distintos aspectos se juntan en una etapa temprana. Palestina no es un resto del pasado, es una puerta hacia el futuro. Y las “puertas del infierno”, para usar la expresión de Trump: las puertas del infierno están abiertas en Palestina, pero es toda la humanidad la que está pasando bajo estas puertas.



3. Fuego y tinta. Poéticas incendiarias



Notas para una poética militante

por Sean Bonney

10-08-2020

Traducción: Daniela Jacob



Los situacionistas llamaron a la poesía «la antimateria de la sociedad de consumo», una afirmación bastante cuestionable, pero una que por lo menos expresa la brecha existente entre las definiciones que la realidad oficial tiene de la poesía y aquellas de lo que queda de la vanguardia revolucionaria. La poesía ‘de masas’ es irrelevante : los situos sabían que la poesía real del capital era la publicidad. La publicidad, la vanguardia de las corporaciones, es la anti-materia de la vida cotidiana. La poesía, mientras tanto, ha devenido enteramente invisible, o más bien, sólo existe en estados extraños de alta y necesaria intensidad, en zonas de absoluta negación. Y se quedaría de esta forma, si no fuera verdad que la publicidad en sí misma está volviéndose fluida en lo que siempre fue la especialidad esotérica de la poesía, el lenguaje de los muertos. Los carteles publicitarios vacíos que se vuelven más y más comunes en el este de Londres (y en todos lados) hablan de forma más elocuente del colapso del capital en las zonas estériles y áridas de su propia construcción que cualquier poesía. La publicidad, y la utopía que ésta expresa, es ahora la anti-materia de sí misma. De todas formas, quizás deberíamos callarnos sobre los situacionistas, como dice el dicho, OLVIDA MAYO DEL 68, PELEA AHORA. A pesar de que es claro que la publicidad, como la poesía, tiene sus orígenes en la maldición, el encantamiento y el hechizo. Los supuestos hechizos de los bardos galeses, todas esas combinaciones secretas de palabras que tenían el poder de matar reyes: esas fantasías han devenido demasiado reales al transformarse en combinaciones secretas de palabras que tienen el poder de hacerte querer matar a los pobres. Y mientras toda la casa de mierda se incendia, sólo un idiota podría no ver que el contenido de verdad



de los hechizos de la poesía publicitaria son las frases pronunciadas por los jueces. La publicidad sólo fue el glamour que se proyectó sobre la verdadera poesía del capital, las áridas realidades de la sentencia a prisión y la bala del policía.

[...]

Los intentos de lidiar con las necesidades del habla y la cognición desde un lugar donde estos se han vuelto imposibles es un tema que define y atraviesa la poética revolucionaria, desde Milton, pasando por Blake y Shelley, y a través de Marx dentro de las vanguardias radicales del temprano siglo 20. [...] La mayor parte de la poesía contemporánea, tanto la de «vanguardia» como la «de masas», es alérgica a esas voces, y le gustaría pretender que el tiempo poético vive separadamente del tiempo dominante del capitalismo. No es verdad. La poesía debe pretender que no puede comunicar «ideas» porque la carga que trae, para usar una vez más la metáfora de Benjamin, es la voz colectiva de las víctimas de esas ideas. Los ejercicios cuidadosamente ensamblados que se hacen pasar por poemas sólo pueden ser cortes facsímiles del exterior de celdas como la de George Jackson, pero son sólo las fallas y fisuras en la superficie las que realmente hablan. LeRoi Jones (Amiri Baraka), en 1964, cuando su propia poesía comenzaba a resquebrajarse bajo la presión de las cada vez más obvias contradicciones entre sus compromisos estéticos y políticos, escribió «la poesía apunta hacia significados difíciles. Significados que aún no han sido atendidos».



La poesía no sólo habla acerca del mundo, ni tampoco crea significados, pero más bien apunta a significados que aún no han sido articulados, significados que no son atendidos en las redes estéticas y sociales actuales.

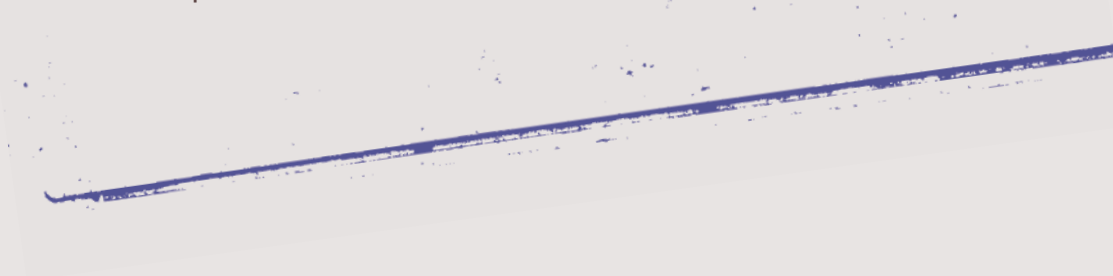
van a ver

Esto empuja a la poesía a una condición de borde crítico que arriesga su propia destrucción como poesía, de una forma que es mucho más seria que cualquier necio nihilismo corporativo reclamando haber «asesinado» a la «poesía».

Se comunican significados que arriesgan desgarrar el poema. Edouard Glissant describe este mismo proceso, sacado del marco de referencia de la historia de la poesía y puesto dentro del tiempo actualmente vivido:

“Desde que el habla fue prohibida, los esclavos camuflaron la palabra bajo la provocadora intensidad del grito. Nadie podía traducir el significado de lo que parecía ser nada más que un alarido. Fue interpretado sólo como el llamado de un animal salvaje. Así es cómo los desposeídos organizaron su habla, tejiéndola dentro de la textura aparentemente sin sentido del ruido puro.”

La organización del habla provoca la comunicación de significados que habían sido previamente imposibles: va sin decirse que esta organización aún no ha sido lograda. La poética del enemigo no ha cesado de ser victoriosa, su propia «textura sin sentido de puro ruido» ya demasiado comprensible. El 21 de agosto de 1971, tres días antes del comienzo de su juicio, George Jackson fue asesinado por el disparo de uno de los guardias de la prisión. Si el secreto interno de la poesía burguesa es la voz de los oprimidos y desposeídos, el perímetro de su silencio es la bala de un policía.



ZONA DE CATÁSTROFE

por Carcaj

05-07-2017

(Texto de convocatoria del número especial
Zona de Catástrofe)

Habitamos una zona de catástrofe
Zona de terremotos
Incendios
Erupciones volcánicas
Zona de inundaciones y aluviones

Habitamos un territorio accidentado
Y hasta nuestros trabajos, nuestras relaciones
Son tan evidentemente desastrosas
Que ya no sabemos si la catástrofe es lo que viene
Y solo viene
Y está siempre por venir,
Como un ataque terrorista eternamente futuro /
un desastre nuclear inminente / un apocalipsis
suspendido

O en cambio es lo que ya está aquí
Lo que son nuestras vidas
nuestras relaciones precarias / mundos empobrecidos

¿Y qué otra cosa es la catástrofe
sino que las cosas sigan igual?

¿No estamos acaso a la espera de una gran catástrofe
que termine de una vez con nuestra catástrofe
cotidiana?

¿Y no es en cada catástrofe la vida la que nuevamente
emerge y se reorganiza,
restituyéndonos a una cierta presencia que creíamos
perdida?

Pensar, hablar, escribir sobre la catástrofe,
¿no es muchas veces otra forma más de distraernos
de la catástrofe que somos?

¿Cómo romper este tiempo?

por *Thiare Barrera Miranda*

22-06-2021

¿Cómo romper este tiempo?
¿Cómo romper con el continuum de esta historia de
miseria
y devastación de nuestras vidas?
¿Cómo se defiende la vida entre tanta muerte?

Defender la vida nunca será lo que dicen
aquellas que se hacen llamar 'provida'.
Para nosotras defender la vida
es defender la fuga,
insistir en el escape
resistir este bombardeo de tristeza
que nos ataca a diario.
p e r s i s t i r
buscando la alegría del vivir.

Para nosotras defender la vida
es dotarla de las condiciones que permitan
que el vivir valga la pena.

Para nosotras defender la vida
es defender la alegría
y para eso necesitamos recuperar la calle,
necesitamos defender los encuentros
que potencian nuestra capacidad de acción,
desarrollar los agenciamientos que nos permitan
una práctica exagerada de la libertad.

Ahora bien,
no soy alguien capaz de dictar una pauta de acción,
ni menos de entregar una solución
que destruya esta realidad que nos ahoga,
soy una más encerrada
en mi propia jaula.

Solo puedo realizar
pequeños bocetos
bastante superficiales
sobre planes de fuga
anhelando un tiempo otro
en donde logremos romper
con este continuum.

Pero cuento con una certeza,
tengo claro que
esto no acabará por sí solo,
seremos nosotras, nosotres y nosotros
quienes tendremos que destruir las fábricas del
descontento.



¿Cómo romper este tiempo?

se terminó de diseñar a principios de la primavera del 2025 en los talleres de Ediciones Granizo en el Valle de Aconcagua.

Fue enviado a imprenta a fines de septiembre de 2025, en el mismo instante en que, tras casi dos años de genocidio en Gaza, más de trescientos voluntarios navegaban en la Global Sumud Flotilla, en uno de los intentos más significativos de este tiempo por romper el cerco sionista y desafiar las complicidades que lo sostienen.

La impresión se realizó en los talleres de Gráfica LOM Impresores en Santiago. La tipografías usadas fueron Helvetica Neue en sus variantes Regular y Bold y para los títulos se utilizó Canilari de Wtype Foundry en su variante de uso trial.

Los editores dedican esta publicación
a la dignidad y la resistencia
del pueblo palestino.

Equipo editorial:
Constanza Tizzoni
Giordano Muzio
Nicolás Slachevsky





CARCAJ
flechas de sentido

www.carcaj.cl

